

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECRO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblantes, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tres meses 9 reales, seis 16 y un año 20.
PROVINCIA:—Tres meses 10 reales, seis 18 y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.
AMÉRICA:—Seis meses 38 reales y año 70.
FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

PERO...

Ya somos felices, es decir, medio felices, como que se ha votado el proyecto de autorizaciones en el Congreso por 160 señoritos contra 96, que han dicho que no hay tu tía.

Ahora solo falta que nos lo voten en el Senado, porque han de saber VV. que casi estoy por hacerme ministerial del Gobierno ahora que va á caer, porque digo yo:—«Este Gobierno es muy malo, muy malo, pero puede ser que el que ven-

ga detrás sea peor.—porque aquí en eso de los Gobiernos siempre nos hemos de poner en lo peor para acertar, y aunque muchas veces parece que no puede haber Gobierno más malo que el que cae, sucede que el que sube es muchísimo peor.

De este Gobierno ya no hay para qué hablar mal; está medio muerto, y morirá sin remedio, triste fin que se tiene bien merecido el tal Gobierno. Ellos, los ministros, eso sí, se defienden con heroísmo y hacen todos los esfuerzos imaginables para no caer, y si no se agarran á un clavo ardiendo, es porque no les gusta el clavo

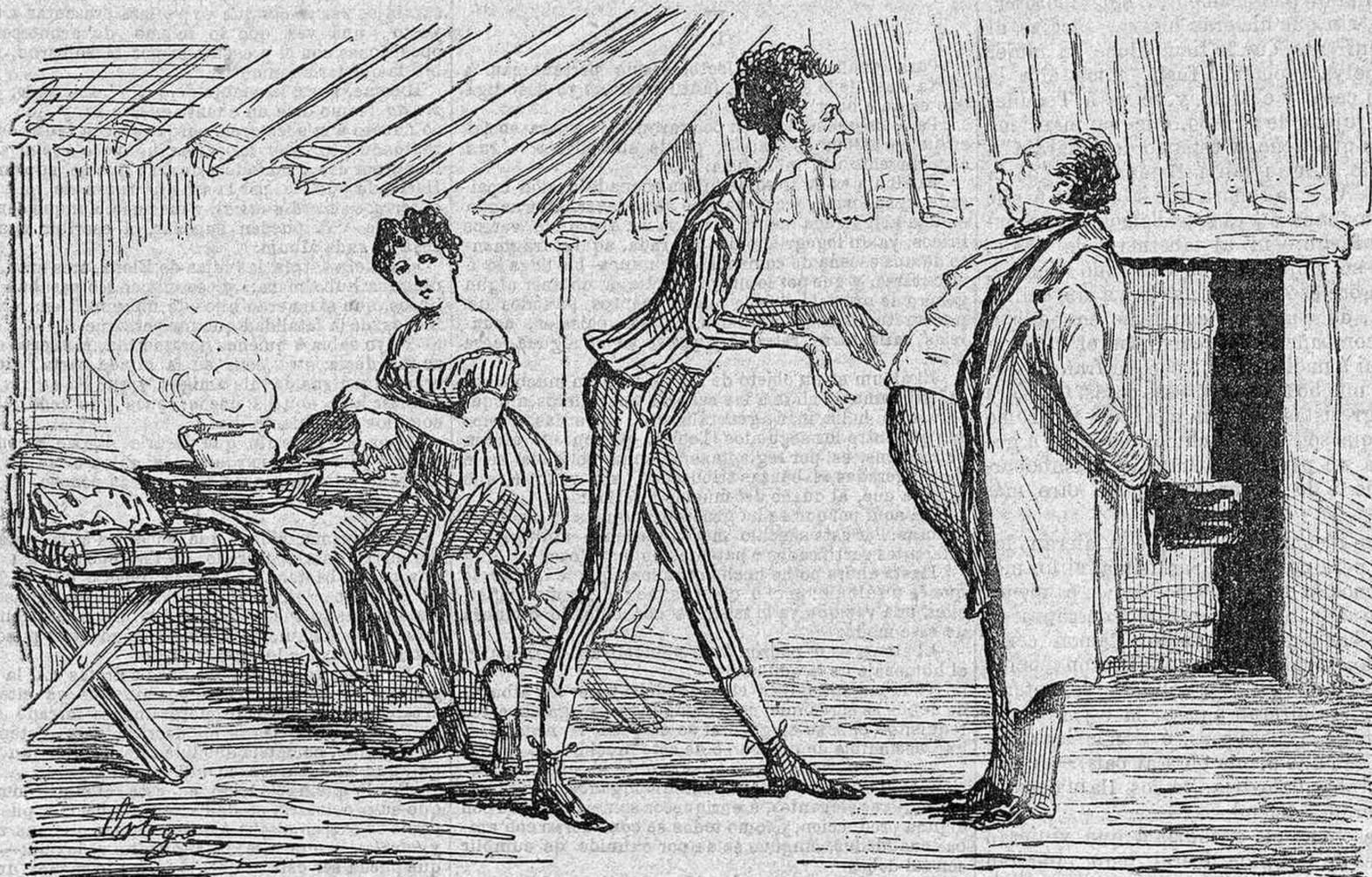
desde que se ha dicho si les pusieron clavos en la via cuando los pobres venían de Aranjuez contentos, como nos dijo la *Correspondencia*, que estuvieron allí aquellos señores.

Entre paréntesis, debo decir que yo no creo lo de los clavos, porque esa hubiera sido una barbaridad indigna de españoles.

El señor Rios Rosas ha cantado ya el *De profundis* al Gobierno, y no doy el valor de un CASCABEL por su vida.

Y como cuando uno se muere todos son á alabarle, aunque en vida todos hayan dicho de

ESCENA DE CIRCUNSTANCIAS.



—Caballerito, extraño mucho que se haya V. mudado del cuarto principal que ocupaba V. en mi casa, sin pagarme lo que me debía.
—Mire V., señor don Quintín, mucho más lo extraño yo, que no estaba acostumbrado á este caramanchou; pero, amigo, las circunstancias...
Todo el mundo se reduce... A mi me reducen el sueldo; pues yo reduzco la casa, los muebles y hasta la ropa.... Ahí tiene V. á mi señora, ese es el traje que le queda para los días de fiesta.
—Y qué capricho es el de hacerse trajes rayados?
—Yo le diré á V., como los cañones rayados dicen que alcanzan tanto, á ver si rayados nosotros alcanzamos también algo...
—Buenas circunstancias para alcanzar cosa alguna!
—Conque si quiere V. sentarse, coja V. una silla y siéntese V. en el suelo.
—Nó, señor, me voy.... Si todos los vecinos de mis casas se reducen así, me van á reducir á mi á la nada.
—Volverá V. á su estado primitivo. Ese es un consuelo en estas circunstancias.

el perrerías, por eso yo, ahora que el Gobierno está liando el petate, quiero decir:

¡Qué lástima! ¡parecía que había Gobierno para tanto tiempo!

¿Quién lo había de decir?... ¡Tan hueco que estaba con el reconocimiento del reino de Italia! —(Y es verdad que estaba y aun está hueco el Gobierno.)

Está visto que no somos nada. Ahí tienen VV. un Gobierno que parecía que se iba á tragar la osa, que no ha hecho tal cosa, y que pronto caerá en la fosa.

Aprendan VV. de ese Gobierno, señores políticos, que se muere hinchado por la vanidad, que es el flaco de la Union liberal.

Sus mismos hijos le han abandonado en sus postrimerías. Esa es la pena del Talion. Tambien él abandonó á los que llamaba suyos; en 1856 el Presidente abandonó á la pobre Milicia, que era así como hijastra suya, es decir, que él era el padrastro de la susodicha Milicia.

Amó á los neos, y los neos le pagan con un sofion.

Amó á los progresistas, y los progresistas se escondieron para que no los galantease tanto.

Amó á los moderados, y los moderados dijeron que era turco.

Amó á Rios Rosas, y Rios Rosas, que es un poco coqueton, los ha dado calabazas, despues de dejarse querer algun tiempo.

En fin, entre todos le matan, y él solo se muere.

¿Qué Gobierno vendrá despues de éste?

¿Rios Rosas?... Hombre, Rios Rosas es buen sugeto, yo le quiero; pero....

¿Miraflores?... Es un caballero particular muy apreciable; pero....

¿Narvaez?... Hombre, Narvaez, si no fuera Narvaez, habia de ser un buen ministro; pero....

¿Concha?... Esa sí que quisiera yo que viniera; es una muchacha que vive en la esquina de mi calle, que tiene dos novios, uno militar y otro paisano; pero lo que es Concha....

¿Espantero?... Buen hombre es; pero....

¿Olózaga?... Gran talento tiene; pero....

Pero entónces, ¿quién demonios viene?...

Todos tienen un pero, y aun los hay que tienen dos, y hasta una docena de peros.

Yo quisiera que vinieran los progresistas, pero que vinieran pacíficamente, sin alborotar, sin armarla, sin que hicieran hacer guardias al tendero de enfrente, que le tiene dicho su mujer que como vuelva á tomar el fusil, toma ella la puerta de su casa, y el tren, y se va á Templeque; ni al cirujano de al lado, que se mantiene de los partos que tiene, y estando de guardia ó en el ejercicio, si le fueran á llamar, no podria decir:—Diga V. á la señora que se espere á que me releven mañana ó á que acabemos de aprender á hacer fuego;—ni al tabernero de abajo, porque dice su mujer, que en habiendo *Melicia*, como el hombre es generoso, se lleva un pellejo al cuerpo.... de guardia y convierte en pellejos á todos los compañeros, y vuelve con el suyo vacío á casa; ni á nadie, en fin, porque francamente, se pierde mucho tiempo en esas cosas. Quisiera que los progresistas vinieran con buen fin, como los novios que son buenos chicos, es decir, á gobernar, y á no perder el tiempo, y á embobarse, para que á lo mejor los tumben otro más listo.

Yo no me incomodaria porque vinieran los moderados; pero por María Santísima, si los moderados, vamos al decir, son poco más ó menos como estos que se irán brevemente á descansar de sus fatigas. Tan popular es ya don Ramon como don Leopoldo, y todo el mundo está convencido de que si ni el uno ni el otro volvieran á meterse en política y se retiraran á pasar la vejez el uno á Loja, el otro á Somosaguas, ó donde les diere la gana, harian una buena obra al país,—que si acaso peligraba la patria, ya los llamaríamos para que fueran á defenderla.—

Lo que es yo no me opondria á que vinieran los disidentes de la Union liberal; pero, ¿qué han creido VV?... Me parece á mí que entre los disidentes y los no disidentes, no hay de diferencia el canto de un duro, aunque ellos digan lo contrario.

En fin, todos ellos son muy buenos, buenísimos; pero nuestra capa no parece.

Todos tendrán muy buena intencion, pero todos tropezarán con muchos elementos que hay aquí en contra de todo Gobierno, además de los

que cada Gobierno de partido tiene en sí mismo, que le impiden gobernar bien.

La empleomanía que todos los Gobiernos han favorecido se come ahora á todos los Gobiernos, y se comerá todo el dinero del mundo.

La vanidad y las pretensiones de los hombres políticos son otro obstáculo con que todo Gobierno tiene que luchar. Para cada ministerio hay como unos mil hombres políticos que se creen capaces de desempeñarlo mejor que el que tiene el cargo, sea quien sea. Tienen VV., pues, siempre en campaña unos ocho mil aspirantes á ministros, que charlan, escriben, intrigan, piden, amenazan y estorban al Gobierno y á todo el mundo.

En fin, yo no veo Gobierno bueno posible.

Este debe marcharse, esto es indudable; pero sería bueno que viniera uno bueno.

Propongo un medio.

Así como cuando no llueve se hacen rogativas para que llueva, háganse para que salga á la escena un buen Gobierno.

Si viene ese Gobierno será que Dios lo haya hecho, pero si no viene será que no nos conviene; y entónces no hay mas que tener conformidad, y poner, á mal tiempo, ó á mal Gobierno, buena cara.

Hemos de estar persuadidos de que buen Gobierno lo hemos de tener cuando la rana criepelo; conque no hay que apurarse y adelante con los faroles.

Siga la gresca, siga el escándalo, y ¡viva la libertad!

Hablar mucho, subir cada cual lo que puede, saltar, el que tiene mucha prisa por llegar, por encima de todo; convertirse el pobreton en rico, sin deber la riqueza al trabajo; tomar las cosas todas, hasta las más formales, á broma; sacar al Presupuesto las entrañas; dar todo el mundo recetas para curar á la Hacienda, y esta cada vez más enferma; desacreditarse unos á otros y desprestigiar al país sus mismos hijos: he aquí lo que hoy por hoy, y por mucho tiempo, priva en España, y nos priva de todo bien y de toda prosperidad.

¿Dónde hay siete hombres públicos sin pero?..

Que me los traigan, que esos son los que yo quiero; pero nó, no me los traerán.

EL ÁLBUM.

I.

Para aquellos de mis lectores que pertenezcan á cierta clase de la sociedad, inútil será que yo les diga que es un álbum.

Para los que no lo usen por razon de la esfera social en que se hallen colocados, puede suministrar algun conocimiento útil mi noticia.

El álbum es un libro de lujosa encuadernacion, apaisado en su forma, y con destino á costener, alternando en una abigarrada mescolanza, ya un trozo de versos liricos, ya un logogrifo ó una charada, aquí el fragmento de una escena de comedia que nunca ha llegado á ejecutarse, y que por lo mismo aspira á obtener algun género de publicidad, allá unos cuantos periodos de prosa retumbante, epigramas, dibujos, paisajes, acuarelas, caricaturas, retratos y qué sé yo si alguna cosa más.

El álbum es un objeto de lujo, ó bien un mueble que indistintamente sirve á las señoras y caballeros, aunque su uso se halla más generalizado, entre las primeras que entre los segundos. Todo lo que en un álbum se contiene, es, por regla general, una obligada serie de exageradas alabanzas tributadas, sin venir á qué ni para qué, al duso del mueble referido.

He aquí porqué se ha generalizado más su uso entre señoras. Por este sencillo medio obtienen múltiples y diferentes certificados ó patentes de la belleza.

Hasta ahora no he hecho otra cosa que explicar lo que es un álbum; pero si de él se me pidiera una definicion, una vez que ya lo tenemos conocido, lo definiria de este modo:

El álbum es el padron de la vanidad, abierto siempre al homenaje de la adulacion.

Toda mujer bonita y elegante debe tener un álbum, de donde se sigue que, como ninguna se juzga sin estos requisitos, el sexo en general se cree en la necesidad imprescindible de proveerse de este mueble.

Todo hombre de algun talento ó de alguna ilustracion, el literato y el artista, están obligados, segun estas mujeres elegantes, á enriquecer semejante libro con alguna produccion; y como todos se consideran con ambas cualidades, ninguno se da por eximido de cumplir con tal deber.

Yo he reflexionado muchas veces sobre ello, y al fin he quedado convencido de que el álbum fué invencion de alguna fea. Da otro modo no puede explicarse su razon de ser.

Como el álbum no puede tener otro objeto que el de recoger una buena cosecha de alabanzas, alguna fea imaginó alcanzarlas por tal medio, y quiso así desquitarse del obstinado silencio que acerca de sus gracias habian guardado siempre los hombres con quienes habia tenido trato. Porque en efecto, presentándoseles con la demanda de que le hicieran unos versos para su ál-

bum, que es lo mismo que si se dijese para ella, ¿qué otra cosa podia decir un hombre bien nacido sino que era la peticionaria encantadora?

Y que para estas cosas no hay escape, porque aunque uno se excuse de mil modos, le contestaran, como á mi ya me ha sucedido alguna vez, que no es necesario hacer un grande esfuerzo, que se escriba aunque sea alguna bagatela, y que para despachar un álbum se sale del paso con cualquiera tontería...

Y esto es en último resultado lo que siempre viene á suceder: que se hace al fin la tontería, porque de ello no hay medio posible de librarse.

II.

Concedemos de buen grado que una mujer muy bonita tenga álbum. Ni ella se pone en evidencia al exhibir la recopilacion de las alabanzas que en él se puedan contener, ni tampoco se ponen en ridiculo aquellos que se las prodiganon.

Toleramos que las mismas dueñas ó dueños de tal mueble hagan las consiguientes gestiones para conseguir verlo lleno de todas y cada una de las cosas diferentes que dijimos, que en tales casos los que los hayan de llenar ya saben por fin á qué atenerse respecto de las lisonjas que pueden emplear; pero no podemos transigir con que existan comisionados oficiosos que se encarguen de recolectar producciones para esos libros, de entre sus amigos artistas ó literatos, sin advertirles á lo menos las circunstancias especiales de las personas á quienes tales trabajos se consagran, porque de lo contrario pueden resultar gravísimas inconveniencias. Condenamos tambien con todas nuestras fuerzas que las feas y las viejas, y las que por cualquier concepto no puedan ser lisonjeadas, aspiren á entrar en este concurso forzoso de lisonjas.

III.

Hace unos cuantos dias que me encontraba yo en una situacion excepcional, y no precisamente porque la ley marcial se hubiese publicado, suceso que, como en España ocurre tantas veces, no causa ninguna sensacion, sino porque me habian acontecido cosas que no cuento, aun que merecen ser contadas, porque excusado me parece el salir ahora con centos en un país en que ya nada queda por contar. Además de que si el Gobierno sabe que yo reparto cuentos á los suscritores, es muy capaz de creer que son millones estos cuentos, y sabe Dios con las demandas que me saldria, demandas que no me tienen cuenta, pues yo no quiero cuentas con serranos, sin que esto sea llamárselo á los ministros, aunque son algo serranos sus partidas.

Decia que me hallaba en una situacion excepcional, cuando al regresar á mi casa cierta noche me encontré con que unos amigos míos, título con que ellos se dieron á conocer á mi criado, me habian dejado tres de esos libros con encargo expreso y mandato indeclinable de que para el dia siguiente tenia que dejar escrito alguna cosa en ellos.

Semejante proyecto de dictadura literaria estuvo á punto de acabar con mi paciencia; pero me sobrepuse, porque reflexioné despues de haber leído la carta que uno de los amigos me dejara, que de nada habian de servir las enmiendas que yo pudiera presentar á tal proyecto, una vez que lo mismo de acontece á las oposiciones con el presentado por el Gobierno, me habia de quedar en minoría.

Hiceme, pues, la cuenta de que el mal paso, pasarlo pronto (como dice un cuento que yo sé, y que tampoco cuento á mis lectores, porque ya con tanto cuento y tanto cuento, voy á parecer un poco *contarrista*, sin llegar por eso á contador, destino que se suprimirá en Hacienda pública, por la sencilla razon de que *muerta el perro, se acabó la rabia*), y me puse, aunque con el humor que VV. pueden suponer, á escribir cualquiera cosa en cada álbum.

«Tres eran, tres, las hijas de Elena, tres eran, tres, y ninguna hubo buena;» y eso mismo les pasaba á los tres libros, que si no eran hijos de ninguna Elena, éranlo, al menos, de la fatalidad que me persigue.

Ni yo sabia á quiénes pertenecian, ni acerca de ellos se me decia otra cosa en la citada carta, sino que eran de amigos de mis amigos, y que *sin excusa* les escribiese algo aquella noche, pues que vendrian á recogerlos al siguiente dia.

Peor es pensarlo que pasarlo, dije yo, y con echar cuatro flores, y decir algunas galanteras de cajon, habré terminado con un encargo tan penoso.

IV.

En el primer álbum que encontré á la mano, que por cierto estaba forrado en terciopelo azul, escribí una poesia bastante *levantada*, puesto que la intitulé «A una nube.»—Yo me dije:—Puesto que no sé si es fea ó bonita la dueña de este libro, con escribir sobre un asunto cualquiera, no me expongo á que puedan llamarme adulator los que me lean.

En el segundo compuse unas estrofas «A la Luna,» guiado por los mismos escrúpulos que ya cité; y en el tercero, que estaba primorosamente forrado en piel de Rusia, por no seguir el mismo alusto sistema que en los otros, cometí la debilidad de escribir un madrigal, que titulaba: «A su talle.»

Por lo que habia leído en este álbum, comprendí que su propietaria no debia ser una beldad, puesto que nadie se extralimitaba á ensalzar mas que sus *virtudes* y *talentos*, y me hice la siguiente reflexion:—Por fea que pueda ser esta mujer, tendrá á lo menos un cuerpo que, ya que no esté perfectamente modelado, no ha de ser tampoco el de un camello. Digámosle alguna galanteria, ya que tanto se las han escatimado los demás.

Otra circunstancia me decidió tambien á ser galante. Siempre ha influido la pereza en todas mis acciones.

Tenia desde hace mucho tiempo escrito el madrigal. Me lo habia inspirado una andaluza, con un cuerpo, que ni el Real de la Maestranza, ni el de Alabarderos, ni el cuerpo diplomático europeo, podia compe-

tir con él en crecimiento: un cuerpo, en fin, en el que, no obstante mi aversión a la milicia, hubiera yo *sentado plaza* de buen grado. Pero como este cuerpo (no el diplomático, el de la andaluza), había hecho ya su reclutamiento conveniente, hué de quedarme con el madrigal dentro del cuerpo, es decir, dentro del bolsillo, puesto que lo tenía escrito en micartera.

Aquí te quiero, escopeta, ó lo que es lo mismo para el caso, aquí te quiero, madrigal, hué ya de exclamar con tal motivo; y fué trasladado al álbum, aprovechándose de semejante superchería mi pereza.

V.

Mis solícitos amigos, los officiosos recaudadores de poesías, hubieron de venir por sus libracos y entregarlos a sus amigas, sin que entre ellos y yo mediaran otras explicaciones, puesto que, cuando se los llevaron, no nos vimos.

El día siguiente al en que los recogieron, fué domingo.

Los domingos solo me levanto yo para ir á misa, y ya supondrás, lector, que siendo un tanto perezoso, no será esta misa la del alba.

La consigna que tiene mi criada en tales días, es la de llamarme á la una y media en punto de la tarde, aunque todavía no haya salido el sol en esa hora. En obsequio á la puntualidad, soy yo capaz de cualquiera sacrificio.

Figúrate cuáles serían mi indignación y mi sorpresa cuando á las siete de la mañana entra mi criada y me despierta, atropelando de un modo tan inusitado la consigna.

Antes de que la pudiera apostrofar, según la gravedad del caso lo exigía, heló ella la voz en mi garganta con la siniestra nueva que con entrecortadas palabras barbotó, de que un militar con sombrero de tres picos me buscaba, resuelto á no irse hasta llevarme en su compañía.

¡Virgen Santísima! exclamé. ¿Si será algún veterano que viene á prenderme por delito de conspiración?...

Y me puse á reparar en mi memoria, no fuese que, *sin yo saberlo*, hubiese conspirado alguna vez; mas como de nada me acusaba la conciencia, hué de preguntar á mi criada:

—¿Sabes tú, Restituta, si en alguna ocasión he conspirado?...

—¡Ah! sí, señor, mi señorita, y por cierto que á no ser por la leche de burra, la hubiera podido costar cara.

Entendí que la preguntaba si había estado constipado.

Esta salida asturiana me hizo recobrar todo mi aplomo.

—Que pase ese caballero,—ordené á la asturiana.

Así despacharé mas pronto, me dije en mis adentros, y me dejé dormir.

Pasó el que yo había creído un veterano, siéndolo en efecto, aunque no de la guardia civil, sino un militar retirado del ejército, que según pude averiguar despues, era un comandante graduado de caballería.

Entró, pues, con semblante hosco y actitud amenazadora, trayendo una hoja de papel en la diestra, y acariciando con la siniestra la empuñadura de otra hoja que, aunque estuviese en blanco, en ella leía yo incontestables argumentos.

La explicación que parece venía decidido á provocar conmigo, no pudo verificarse en tal momento, porque cuando iba á comenzar entraron con semblantes no por cierto menos hoscos, dos nuevos personajes, que nada tenían de nuevos, si se habían de juzgar por las edades.

El uno de ellos era una señora de unos 60 años, más estrujada y más flaca que la Hacienda española, y el otro un buen varón de unos 45, sin un pelo de tonto en la mollera, por ser calvo, y cuya redonda y llena cara semejaba un plenilunio.

La escena de que fué teatro mi tranquila habitación (tranquila hasta la irrupción de aquellos... bárbaros iba á decir, pero más vale usar de una reticencia), renunció, caro lector, á describirla con todos sus detalles, porque se necesitaría mucho espacio.

Tan solo te explicaré el motivo por el que se había concertado contra mi aquel iracundo y terrible triunvirato.

El retirado comandante graduado de caballería, era el padre de la dueña del álbum forrado en terciopelo azul, en el que escribí «A una nube.» —Esta hija, que era el ojo derecho de su padre, tenía en el *idem* una nube, y no vayan VV. á creer que este *idem* es otra cosa que el ojo derecho de la niña, cuya *niña*, á causa de la referida nube, estaba tuerta; y como no se debe nombrar la sogá en casa del ahorcado, fueron tomados mis inocentes versos como una alusión personalísima.

El caballero gordo y calvo, y por ende sin un pelo de tonto en el meollo, era el futuro marido de la propietaria del segundo álbum en que escribí los versos «A la Luna,» cuya luna tomó él como una indirecta á su calvicie.

La flaca y estrujada señora, que como imágen de nuestra Hacienda y representante de la Parca, venía á pedirme cuentas, era la madre de su hija, y esta hija estaba jorobada á todas horas, aun antes de que yo escribiera los versos «A su talle,» estándolo despues bastante más, no por ninguna otra causa que por la sencillísima razon de tener la columna vertebral en forma de balleta. —Vean VV. qué coincidencia tan extraordinaria...

Reasumiendo: los caballeros venían á proponerme un duelo y la señora á propinarme unos cuantos arañazos. Yo no estaba en el caso de aceptar nada de ninguno.

Los improprios que se me dirigieron, y los denuestos que sufrí haciendo heroicos esfuerzos de paciencia hasta que conseguí calmarlos, dejando casi convencidas de mi inculpabilidad á aquellas tres furias desencadenadas, no son para enumerarse. Dejéronme, por último, bajo pretexto de volver para hacerme que me comiera las tres hojas arrancadas de los álbums como cuerpo del delito, si de sus averiguaciones ulteriores resultaba algo en contra de mis exculpaciones, y yo me

quedé considerando qué es lo que le he hecho á la fatalidad para que tanto me persiga.

VI.

No quiero concluir sin dejar ántes sentada una reflexión que se me ocurre.

La vid tiene la plaga del *oidium*; la langosta es la devastación de los sembrados; el lujo es la carcoma de las modernas sociedades; la curia y la diplomacia son el germen de la ruina y de la guerra de los pueblos; los medicos y los politicos malos ciegan las fuentes de la salud en las naciones; las suegras matan la paz del matrimonio, y el álbum, que es una calamidad casi como la de las suegras, pues empalaga tanto como ellas mata la inspiración de los poetas.

¡Si vuelvo á escribir en algun álbum, que me emplumen!

UNA MADRE.

CUENTO.

IMITACION DE ANDERSEN.

POR ALEJANDRO DUMAS.

Una madre estaba sentada al lado de la cuna de su hijo. No había mas que mirarla para leer en su fisonomía que estaba poseída del más vivo dolor.

El niño estaba pálido, tenía los ojos cerrados y respiraba difícilmente.

La madre temblaba por su vida, y miraba á aquel pobre ser con una tristeza muda como la desesperación.

Tres golpes sonaron en la puerta.

—Adelante, dijo la madre sin moverse. Y como hubieran abierto y no sonasen pasos, se volvió, y vió acercarse á un pobre viejo envuelto en una mala capa.

El invierno era rigoroso.

Silbaba un viento frio que azotaba el rostro.

El viejo tenía los pies desnudos; sin duda por eso no sonaron sus pasos, y temblaba de frio. Desde su llegada parecía que el niño dormía profundamente y estaba más tranquilo. La madre se levantó para reanimar el fuego.

Sentóse el viejo en su lugar, y se puso á mecer la cuna, cantando una canción mortalmente triste, en una lengua desconocida.

—¿No es verdad que sanará mi hijo? preguntó la madre á su sombrío huésped.

Este hizo un movimiento de cabeza, que ni quería decir sí ni nó, y en sus labios apareció una extraña sonrisa.

La madre bajó sus ojos, gruesas lágrimas surcaron sus mejillas, e inclinó la cabeza sobre el pecho. Tres días y tres noches hacia que la infeliz ni tomaba alimento ni dormía.

Sus pensamientos se hicieron tan tristes, que se abismo en ellos, y por un instante su mente se embarcó por el sueño; pero al momento despertó sobresaltada.

Ya no estaba allí el viejo.

—¿Dónde está? preguntó. Se levantó y corrió á la cuna.

El viejo se había llevado el niño.

En aquel momento la cuerda del reloj que adornaba la estancia, se rompió con estrépito y paró la máquina.

La madre se precipitó fuera de la casa gritando: —¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡quien ha visto á mi hijo!

Una mujer, envuelta en un largo sayal negro, y que estaba en la calle, frente de la casa, con los pies en la nieve, le dijo:

—¡Imprudente! Has dejado á la muerte entrar en tu casa y mecer á tu hijo en vez de luchar con ella. Te has dormido mientras estaba allí. Ella espaba tu mas leve descuido para arrebatártelo. Yo la he visto huir rápidamente, llevándolo en sus brazos: iba ligera como el viento, y lo que la muerte se lleva, pobre madre, no lo devuelve nunca.

—Dime el camino que ha tomado, dijo la madre, solamente el camino, y yo sabré encontrarlo.

—Nada más fácil, dijo la mujer; pero para decirte lo has de cantarme las canciones con que adormías á tu niño. Yo soy la noche, y he visto correr tus lágrimas cuando las cantabas.

—Yo te las cantaré todas desde la primera hasta la última, dijo la madre, pero otro día. Dejame pasar ahora, á fin de que pueda encontrar á mi hijo.

Pero la noche se mantuvo muda e inflexible: entonces la pobre madre, torciéndose los brazos, cantó las canciones con que adormecía á su niño. Muchas fueron, pero aun fueron más sus lágrimas. Cuando estaba en la última, y su voz se apagaba con un doloroso gemido, la noche le dijo:

—Mira, vé á ese sombrío bosque de cipreses; allí he visto entrar á la muerte con tu hijo.

La madre corria, corria sin detenerse, pero en medio del bosque el camino se dividia en dos. Se paró, no sabiendo si debía tomar á derecha ó á izquierda.

En un ángulo del camino había una zarza que no tenía hojas ni flores, pues era invierno; estaba llena de hielo, y la nieve blanqueaba su tronco.

—¿Has visto á la muerte pasar con mi hijo? le preguntó la madre.

—Sí, respondió la zarza, pero no te diré el camino que ha tomado si no me calientas en tu seno, porque, como ves, estoy casi helada.

La madre, sin vacilar un momento, se puso de rodillas y apretó la zarza sobre su seno para deshacerla; las espinas penetraron en su pecho, y la sangre caía en gruesas gotas.

A medida que se rasgaba el seno de la madre, la zarza se cubria de hojas verdes y hermosas flores... ¡tanto calor encierra el corazón de una madre!

Y entonces le indicó el camino que debía seguir.

Corriendo, corriendo. Llegó á la orilla de un lago, sobre el cual no se veía que ni barca. El lago, demasiado helado para poderlo pasar á nado, no lo estaba bastante para poderlo pasar á pié. Era preciso, por difícil que pareciese, que aquella afligida madre lo atravesase. ¡Imposible! y cayó de rodillas, esperando que Dios haria un milagro en su favor.

—¡No esperes en lo imposible! le dijo el genio del lago, levantando su blanca cabellera por cima de las aguas. Yo podría pasarte; á mi me gusta recoger perlas, y tus ojos son los más brillantes que yo he visto.

—¿Quieres llorar en mis aguas hasta que tus ojos caigan? Porque entonces tus lágrimas se volverán perlas y tus ojos diamantes. Despues te llevaré á la otra orilla, al gran invernadero donde mora la muerte y donde cultiva los árboles y flores, cada una de las cuales representa una vida humana.

—¿No quieres mas que eso? dijo la pobre desgraciada. Yo te lo daría todo por llegar hasta mi hijo.

Y lloró, y lloró tanto, que sus ojos no teniendo más lágrimas, siguieron á estas, que se habían vuelto perlas, y cayeron en el lago, donde se cambiaron en diamantes.

Entonces el genio la tomó en sus brazos, y en un instante la trasportó al lado opuesto de sus aguas, cerca de la mansion de las flores vivientes.

(Se concluirá.)

CASCABELES.

Medio de evitar que haya pan falta de peso: Se cierra por tres meses la tahona de donde proceda el que se encuentre. Esto por la primera vez; la segunda se cierra por seis meses, y la tercera se le sacan al dueño 3,000 duros, para repartirlos un día entre 1,500 pobres, y de este modo, si hay un panecillo falto de peso me dejo cortar el pelo... del tahonero.

¡Un contraste! Nuestros marinos allá en las aguas del Pacífico se cubren de gloria, y eso que luchan con mil y mil dificultades, y el Gobierno en España, con facultades y medios de hacer tantas cosas buenas, se cubre... cuando se ponen el sorabrero los ministros.

Los periódicos progresistas dicen, en nombre de su partido, que el señor Figuerola, progresista, no representa á los progresistas en el Congreso.

Me parece que lo que de esto se desprende es que los representa cuando dice algo que les conviene, y que no los representa cuando dicen algo que no les gusta.

Desengañense VV., entre hombres de partido la lógica anda siempre por las nubes.

¡Qué bien se hubiera solemnizado la victoria de España en el Pacífico si el Gobierno hubiese propuesto, con ese fausto motivo una completa amnistia para los españoles que desde Enero viven lejos de la patria!

El pan se ha subido en Madrid porque les ha dado la gana á los tahoneros y porque no mando yo.

No hay para esa subida razon ni motivo alguno, y el Gobernador debía tomar cartas en el asunto, que aunque á él y á los que tienen el riñon bien cubierto como él, les importa poco la subida, á los pobres les importa mucho.

Hemos recibido una novelita que acaba de publicar el señor Nombela, que se titula *El Bello ideal del matrimonio*. La ternura y sencillez del asunto hacen recomendable este libro.

El otro día, cuando se declaró benemérito de la patria á nuestros bravos marinos, un señor diputado pedía que no hubiese discusión de autorizaciones en tal día; pero el señor Posada se levantó á decir que lo patriótico era que siguiese la discusión del proyectil.

Eso es como decir: La patria somos nosotros.

Charadita del numero anterior.

Pronto á la Union liberal se la llevará el demonio; esto le han dicho los astros á un acreditado astrónomo.

Un cesante, que espera que vengan los suyos para que le coloquen, advirtiéndole que los suyos son los que le saquen de cesante, sean quienes fuesen.

En Thesalia se ha perdido el trigo este año.

¡Si habrán subido por eso el pan los tahoneros de Madrid?

Pero nó, en España no se ha perdido el trigo, sino la vergüenza de mucha gente.

En dos periódicos, uno literario y otro ministerial, hemos leído unos versos muy tiernos de don Enrique O'Donnell, que no debe ser otro que el hermano de su hermano.

Francamente, señor don Enrique,—y que no sirva esto de incomodidad,—V. será un buen militar y un grande hombre, pero lo que es como poeta, es V. bastante malo.

Dice V. en sus versos, entre otras cosas: *cómo como yo á mí mismo*

que es un verso, que nó parece de un general, sino de un pito; y luego:

como me conoce Dios.

¡Hombre! nó tome V. el nombre de Dios en unos versos tan rematados como esos.

Por supuesto que si se comoiera V., no escribiría esos versos, ó por lo ménos, no los publicaría, y se contentaría con leerlos al hermanoito.

¿Me pongo yo á mandar escuadrones de caballería?.. Pues hombre, imite V. mi ejemplo, y contentese con ser general, que es más fácil que ser poeta.
Pásele V. bien, y expresiones al hermano, que me parece que si le va V. con los versitos, le da un sofion y le manda arrestado.

Charadita.

Bien sacan los tahoneros de la primera y la cuarta; á ellos no les cuenta tanto como al pobre que la paga; es un animal inmundó que á cualquiera dama espanta la cuarta con la tercera; segunda y prima no falta en las obras del poeta que no es á estilo de Estrada; segunda y cuarta, la tienen en la boca las muchachas, que no hay en los pocos años horas de dolor amargas; y si la prima repites, y la última letra cargas con un acento, te encuentras la que te diera su alma; y tercia es pueblo francés, donde un gran palacio hallas, que fué de un rey muy bizarro y amigo de chicas guapas; y á mi todo lo comparo, por su inocencia y su gracia, con muchas niñas de quince que te cautivan el alma... Bastante, lector, te digo para acertar la charada.

Las dos primeras entregas de *Las Tiendas*, cuadros humorísticos de costumbres, por don Carlos Frontaura, ilustrados por Ortego, se repartirán á la mayor brevedad. Los señores suscritores á *Sal y Pimienta* por tres meses, no tienen que renovar su abono, que terminó en la última entrega de *Cuadros al fresco*, porque en lo sucesivo varían las condiciones de suscripción, siendo estas MEDIO REAL por entrega en toda España, repartiéndose cuatro cada quince días, y pagándolas en Madrid al tiempo de recibirlas, y en provincias adelantando el importe de veinte. Los de seis meses terminarán su abono en la entrega 24 de *Las Tiendas* y los de un año en la 48.

Periódico ministerial hay tan ciego por el amor al Gobierno, que aun se atreve á decir que el señor Cánovas, ministro interino de Hacienda, tiene grandes pensamientos económicos.
Hombre, ¿qué ha de tener? ¡Buen pelo echará la Hacienda con el señor Cánovas! el mismo que con el señor Alonso Martínez.

Los Campos Elisios continúan muy favorecidos en las noches de ópera ó concierto.
En cuanto caiga el ministerio, la animación será mayor en aquel delicioso sitio. Hoy nadie tiene ganas de divertirse.

Varios periódicos escribiendo política de una manera lastimosa, han dicho que el drque de Tetuan lleva una coraza, sin duda para preservarse de algún golpe de mano airada.

Nos parece ese un modo extraño de hacer la oposición.
En cualquier parte donde se lea eso, se creará que España es un país donde abundan los asesinos de cierta especie, y afortunadamente no es verdad.

Esa habrá sido invención de algún chusco.
Nosotros creemos que el general O'Donnell debe retirarse del poder, porque no ha correspondido á lo que de él se esperaba, pero no le hacemos el agravio de creerle capaz de pensar que le acechan asesinos, ni de ponerse coraza aunque lo creyera.

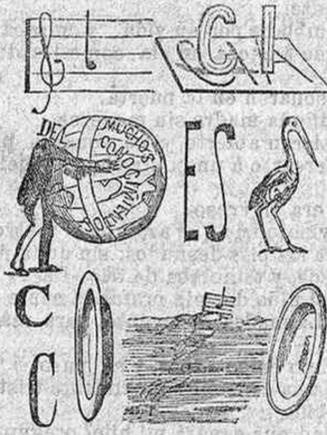
En esta semana próxima se pondrá á la venta un importantísimo folleto, titulado *Verdades políticas y sociales, pensadas y escritas por Juan Lopez*. Este libro debió publicarse hace más de un mes, pero lo han impedido... las circunstancias, que son las que aquí lo impiden todo.

Los diez reales que nos remite D. F. V., de Valencia, han sido entregados á la familia, que vive calle de Hernán Cortés, número 7, hijo, de que nos ocupamos en el número 175 de nuestro periódico.

Caballeros y señoras, esta semana he estado malito tres días, sin poder coger la pluma, es decir, sin poder escribir, es decir, sin poder hacer cosa que me dejara satisfecho, por lo cual, contando siempre con que los lectores de EL CASCABEL son precisamente las personas más amables que hay en España, y en todo el mundo, dejo para el número próximo la continuación de *Los matrimonios*, y al capítulo 3.º de *Los enamorados*.

Perdon, señores y señoras; he estado malo, y no lo he podido remediar.
Me alegraré del alivio.

GEROGLIFICO.



En la Administración de EL CASCABEL, se hallan de venta las obras siguientes: *El Caudillo de los ciento*, un tomo, 14 rs. en Madrid y 16 en provincias. *El Río de lágrimas*, un tomo, 6 y 8 rs. respectivamente. *Días en el campo*, continuación de *Las tardes de la Granja*, res tomos, 18 y 20 rs. *Biblioteca de dramáticos griegos*, un tomo, 20 y 24 rs. *Tablas de reducciones*, 4 rs. *Distracciones de un hambriento*, 2 y 2 y medio rs. *Requinos agrícolos*, 2 y 2 y medio rs. *Historias tristes*, 4 rs. *Marta*, ó sea *El libro de las festividades de la Virgen*, un tomo, 6 y 8 rs. *Vida de San Luis Gonzaga*, 6 y 8 rs. *Vida de Santa Teresa de Jesús*, un tomo, 16 y 20 rs. *El Cristiano*, un tomo, 14 y 16 rs. *El Santoral Español*, dos tomos 96 y 100 rs. *Los Santos Evangelios*, un tomo, 80 y 1 rs. *Manual de Quintas*, 8 rs. *Manual de empleados*, 4 rs. *La Aldeana de Montfermeil*, novela de Paul de Kock, 18 y 27 rs. *Justicias del rey don Pedro*, 6 rs. *El Hechicero de Sancho el Bravo*, 8 rs. *Los piratas del Missipi*, 6 rs. *Historia de la guerra de Africa*, 6 rs. *Los fenómenos de la naturaleza*, tratado de física popular, dos tomos, 24 rs.

SALTO DEL CABALLO.

to	en	al	lue	ca	mor	en	no	be	pre	de	to
can	go	y	de	ta	la	li	a	tra	y se	qui	su
e	nes	za	le	dad	tal	da	sa	en	me	nes	dis
el	ra	fe	se	ra	es	y	ma	cre	cre	nes	si
ho	di	que	gar	dad	sua	to	y	mar	nó	y	ho
zon	to	con	Pa	creto	lle	hu	ve	na	ho	to	ti
do	es	me	ti	al	gus	bel	A	ve	ta	el	la
es	y	mor	si	hen	ser	si	cier	el	to	dad	puer
a	do	nes	le	to	a	pre	dad	amor	lla	es	cre
ho	no	tal	di	re	sue	de	se	ta	se	la	la

Empieza en la casilla señalada con el n.º 1, y acaba en la señalada con el 120.

ANUNCIOS.

INTERESANTE Á LAS SEÑORAS.
AL ABANICO DE ORO.

Fábrica de abanicos, sombrillas y paraguas. Plaza del Angel, núm. 6, casa esquina á la calle de Espoz y Mina. En este nuevo establecimiento se ha recibido un gran surtido de abanicos de las más acreditadas fábricas de España y del extranjero, siendo sus precios de dos cuartos en adelante, y sombrillas forradas desde 24 rs.

También se hacen composturas en abanicos, sombrillas y paraguas, á precios muy económicos, y con prontitud.

Se pintan iniciales, coronas, nombres, escudos, á precios muy arreglados.

Se vende una carretela de doble suspensión, un coche y una berlina clarens. Calle de Hernán Cortés, núm. 2, cochera.

Lujo y economía, gran competencia, cerillas fosfóricas á 14 y 17 cuartos docena de cajitas, y los baulés á 20 cuartos paquete.—Huertas 15, almacén de papel.

Los ministros.—Paquetes de papel ministro, de 250 cartas, canto dorado, y 200 sobres, 24 reales.—Cármén, 27, Madrid.

Nueva casa de cambio de billetes y monedas, á precios muy arreglados; calle de Preciados, núm. 4, tienda.

Se toman monedas de oro y plata por billetes del Banco, abonando un tanto convencional por millar.

REDES Y CADENAS BENOITON.
Acaba de recibirse un lindo y modesto surtido de dichos artículos y de
ENCAJES Y GUPURES NEGROS DE SEDA.
así como una bonita colección de
AGREMANES Y FLECOS DE PELO DE CABRA.
torzal, pasamanería y madroños, y cordones de seda y lana.
A NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.
COMERCIO DE SEDAS.
CALLE MAYOR, NÚM. 50, CASA ESQUINA Á LA DE BORDADORES.

La italiana, gran fábrica modelo de pastas para sopa, calle de Cañizares, núm. 3, Madrid.—Macarrones de Nápoles.—Fideos de Génova, de cabello de ángel, de fraile.—Garibaldinos, cintas, tallarines rizados.—Pastas de todas clases.—Basados en una larga experiencia, adquirida en una de las mejores fábricas de este género en Italia, podemos ofrecer al público las mejores pastas, y muy superiores á cuantas se han fabricado en Madrid hasta el día. El mejor elogio que de ellas podemos hacer, es la numerosa clientela que nos favorece, en el poco tiempo que estamos establecidos.

Vinos Medoc de la Rioja, Alavés y Castellana. Son frescos, ligeros, abren el apetito, y tienen todas las demás cualidades más apreciables del buen Burdeos; por esto y por su completa pureza no tienen rival como vinos de pasto, especialmente para las personas de vida sedentaria ó salud delicada. El superior de Alava (de 4 años) 6 rs. botella; el de Castilla (de 4 años) 5 rs., y Clarete (de 2 años) 4 rs. Se abona un real por casco. Bodega Riojana de D. G. Torrecilla, Carrera de San Gerónimo, 11. Hay otros vinos selectos, y también licores, nacionales y extranjeros, á precios fijos muy arreglados.

**Fábrica de corsés.—Premiada por**
F. S. M. Calle de Hortaleza, núm. 1.—Hay gran surtido de todas clases, de 1 á 50 duros.—Se construyen corsés-fajas para suspender y disminuir el vientre.—Idem para corregir las relajaciones del mismo. Herniarios y ortopédicos.

Fotografía de Fernandez, calle de la Cruz, núm. 12. En este acreditado establecimiento, desde el 15 del corriente Junio, no se dará valor al primer retrato, bien sea busto ó tarjeta, abonando sola una peseta por ejemplar.

Por lo contenido en este número.
F. Perezagua.
Editor responsable, D. Diego Mendez.
MADRID: 1866.—Imprenta de **El Cascabel**,
á cargo de M. BERNARDINO,
calle de los Caños, número 4, bajo.